



QUITO -- ECUADOR



EL CORONEL

**Carlos Concha
Torres**



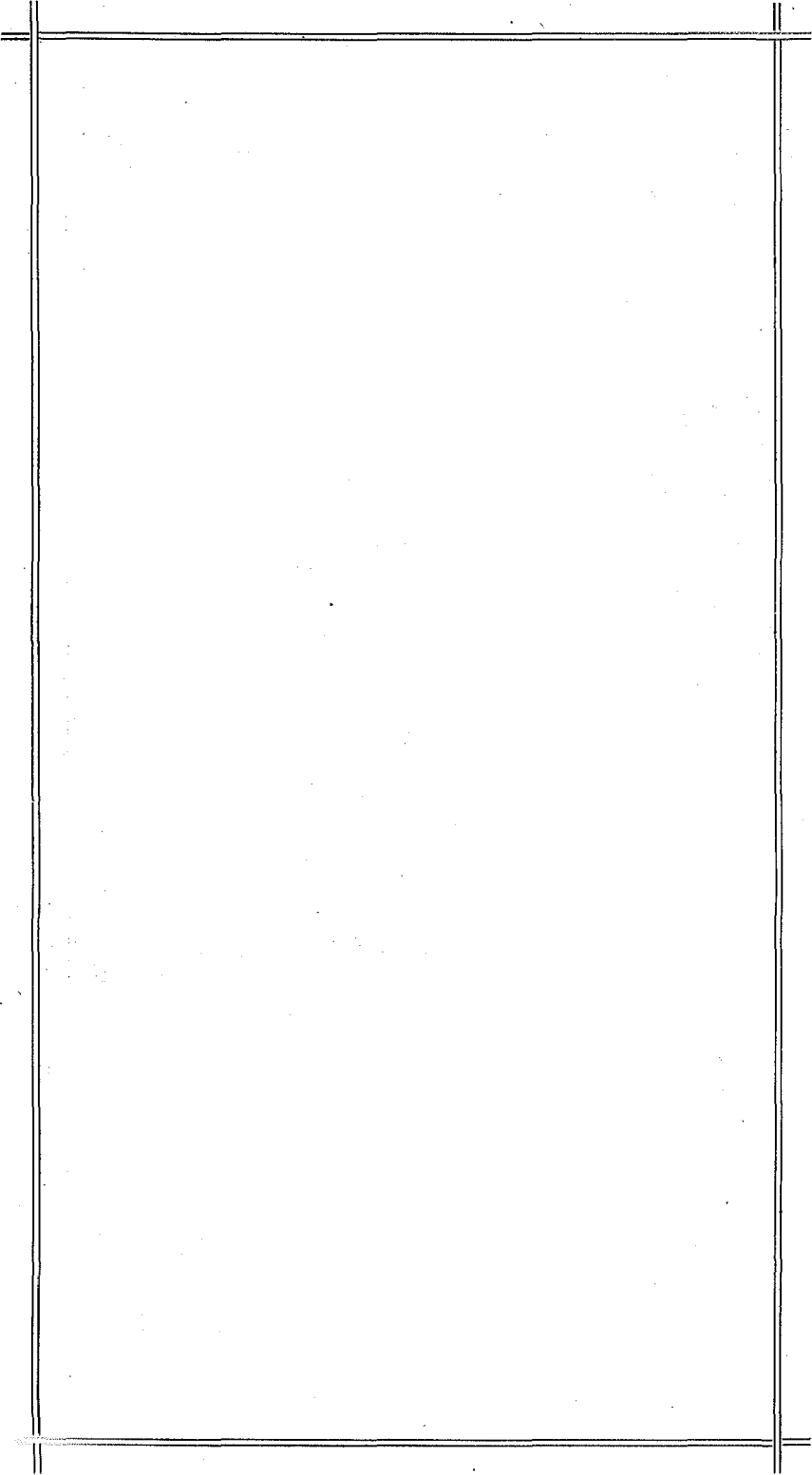
1919

Impreso por F. E. Valdez





Coronel
Carlos Concha Torres



De Soila Ugarte de Landívar.

Quito Mayo de 1919



EL CORONEL

CARLOS CONCHA TORRES

FUE de esos hombres que se levantan sobre el vulgo e imponen admiración y respeto. Entereza de carácter, valor a toda prueba, cultura intelectual nada común, talento de primer orden, patriotismo excelso, le adornaban todas las grandes cualidades que distinguen a los varones destinados a honrar la humanidad. Perteneciente a una de las más distinguidas familias del liberalismo ecuatoriano, era muy joven cuando el sacrificio horrendo del Coronel Luis Vargas Torres, hermano suyo y terminados que fueron sus estudios en uno de los mejores colegios de los Estados Unidos, consagróse a trabajos agrícolas en las propiedades de sus padres, situadas en Esmeraldas y de vez en cuando efectuó viajes al Perú y Chile, llevando valiosos artículos para la venta. La lucha que el partido liberal sostuviera durante la administración de Caamaño, lucha que costó la vida a Vargas Torres, casi dejó en ruina a la familia, y Carlos Concha se propuso rehacer la fortuna por medio del trabajo y reponer ingentes pérdidas. Desde luego, ninguno de los liberales de ese tiempo desprendía la mirada del Caudillo, el ilustre General Eloy Alfaro, quien sólo aguardaba ocasión propicia para dar la voz

do orden a sus amigos y lanzarse de nuevo a la heroica cruzada contra regímenes que oprimían a los ciudadanos y de todos modos ponían trabas a la marcha del progreso y la civilización. Carlos Concha, en sus viajes al Sur, nunca dejó de conferenciar largamente en Lima con el General Alfaro y era el Agente de más crédito y confianza para llevar la palabra del Caudillo a los liberales ecuatorianos, en especial a los de Guayaquil, Manabí y Esmeraldas. En el Interior, entonces, había muy pocos liberales y los que alardean ahora de serlo eran enemigos o pertenecían a familias que odiaban mortalmente a todo cuanto tuviera apariencia de liberalismo. Los tiempos han cambiado, no es raro que haya tantos liberales, mucho más cuando de ello resultan pingües beneficios y a última hora se puede acudir al cura para el consabido pasaporte a la eternidad.....

El viejo Caudillo liberal, después de larga e infructuosa correría por el Continente Sudamericano, decepcionado, pero lleno de fe, a pesar de todo, escogió como Cuartel General, una pequeña ciudad de Centro América y desde allí mantuvo activa correspondencia con sus amigos de la Costa ecuatoriana. Carlos Concha y Elicio Espinosa eran los de mayor confianza del Caudillo. En Guayaquil existía un núcleo vigoroso de jóvenes liberales adictos al Jefe, entre otros, José de Lapiere, José Luis Tamayo, Miguel Angel Carbo, Serafín S. Wither y esa pléyade hermosa y viril que acudió espontánea cuando la aurora de la libertad comenzó a clarear en el horizonte de la patria.

Preparado el terreno, si así puede decirse, la codicia de Caamaño fue la chispa que prendió en el corazón de los patriotas y estalló en toda la República la gran revolución del 95. El 5 de Junio fue su culminación gloriosa. Todos los ojos se dirigieron hacia el Luchador infatigable que esperaba tranquilo y confiado el éxito de su labor de tantos años y vino al Ecuador llamado, ya no sólo por sus partidarios y amigos fieles, sino por los pueblos también. Sabido es que la Junta de Notables de Guayaquil trató de establecer una nueva *Argolla* y prescindir por completo del General Alfaro; pero sus amigos y el pueblo protestaron con energía y la aclamación al Jefe liberal fue la que prevaleció. Es enteramente falsa la aseveración de don Miguel Valverde en un artículo que "El Día" acaba de reproducir y aquello del soldado funesto traído de playas centro-americanas para causar mayores males a la patria, por imposición de la Junta, no tiene importancia tampoco, ya que el Sr. Valverde alimenta odio pro-

fundo a la memoria del General Alfaro. Sabido también que en el 95 todos los liberales reconocíamos como único Caudillo al héroe del "Alajuela" y el señor Valverde no ignora que los que hicimos nuestras primeras armas en el Norte y en el Centro de la República llevábamos en la mente la proclamación del General Alfaro y por él fuimos al combate y a la victoria. El señor Valverde era uno de los más activos en la conspiración, estaba al tanto de todo y bien sabía que, caso de que triunfásemos, el único aclamado sería el General Alfaro.

A principios del 95 circuló muy a hurtadillas una proclama del General Alfaro en que llamaba los pueblos a la guerra y ofrecía su concurso. Como nadie ignora los acontecimientos se precipitaron de asombrosa manera y se produjo la caída de Caamaño y sus cómplices. Carlos Concha, quien no había cesado de recibir instrucciones del Caudillo, se levantó en armas en la provincia de Esmeraldas, atacó la ciudad del mismo nombre — gloriosa entonces y después más gloriosa todavía — y rindió la guarnición comandada por el Coronel Ricardo Cornejo. Organizado que hubo su pequeña tropa, con armas aportadas por él y las que tomara al enemigo, prestamente acudió a Guayaquil y luego se incorporó en Ambato con el General Alfaro y su Ejército, ya vencedor en Gatazo de las huestes del General Sarasti. Tenía Concha a la sazón treinta y un años. De compleción delicada y nerviosa, estatura mediana, semblante pálido, frente espaciosa, cabellos negros y ensortijados, el brillo de los ojos igualmente negros y penetrantes, daba especial atractivo al conjunto, así como su conversación amena, interesante e instructiva ejercía una especie de seducción. El General Alfaro confirmó el grado de Coronel que sus tropas le dieran cuando la toma de Esmeraldas y entre sus Tenientes era uno de los más distinguidos. Ahora poco he leído uno como esbozo sobre el carácter y cualidades del Coronel Concha, esbozo debido a la pluma del Dr. Luis F. Borja, y los conceptos que emite, aunque bien clara aparece la intención, contienen cierta justicia respecto del Coronel Concha. Por desgracia, al ensalzarlo, deprime inmerecida, desconsideradamente al Jefe del partido, y cualesquiera que sean los motivos que impulsan al Dr. Borja para lanzar dieterios contra el General Alfaro, han pasado ya de todo límite y el odio hacia un muerto, el rencor hacia las cenizas de un mártir, no son propios de nobles corazones. En Bogotá, la clásica tierra del talento y la ilustración, acaba de expedirse el Acuerdo siguiente: **"La Convención Nacional del Partido Liberal, — Considerando: —** Que el liberalismo

de la República del Ecuador proyecta erigir un monumento que perpetúe la memoria del ilustre mártir de la Democracia, General Eloy Alfaro, en el cerro de Santa Ana, en Guayaquil;—Que el General Alfaro fue un esforzado paladín del liberalismo americano y deferente amigo de Colombia, para la cual tuvo siempre bellos actos de simpatía en horas aciagas, llegando a considerar a Colombia como a su propia patria;—Que en asuntos internacionales prestó espontáneamente sus valiosos servicios, como leal amigo de todos los colombianos;—Que el Partido Liberal tuvo siempre en el ilustre Caudillo un ejemplo de lo que vale la fidelidad a la bandera liberal, por la cual luchó treinta años hasta llevar al Poder al Partido en el Ecuador; y—Que el General Eloy Alfaro fue una legítima encarnación del liberalismo doctrinario, una austera probidad, un devoto del progreso y un patriota acreedor de que su memoria se perpetúe.—*Acuerda:*—Excitar al liberalismo colombiano a fin de que coadyuve a las labores del Comité **ELOY ALFARO**, que está organizado en esta capital, con el fin de recoger fondos en beneficio de la realización del proyecto iniciado por el liberalismo ecuatoriano, en honor del eximio caudillo de la Democracia americana y mejor amigo de Colombia”. Quienes suscriben tan valioso documento son prominentes personajes del liberalismo colombiano y entre la opinión de estos caballeros y la del doctor Borja, con perdón suyo, me atenga la primera y conmigo estará de acuerdo la mayoría sensata de los ecuatorianos. Desde que el General Alfaro distinguió al Coronel Concha, le dió puestos de confianza y siempre le consideró como amigo fiel y leal, es claro que, cual acontece con todo hombre superior, supo apreciar sus grandes méritos y aquilatar en lo justo la valía de su persona. Yo soy de los más entusiastas admiradores del Coronel Concha y en ningún caso trataré de menoscabar sus virtudes y merecimientos; pero asimismo estimo que la superioridad del General Alfaro es incuestionable.

*
* * *

El enemigo vencido en Gatazo, no obstante la magnanimidad del vencedor, continuó sin tregua la lucha. Uno de los más activos colaboradores del General Alfaro, ora

como Jefe de los bravos esmeraldeños que en todo combate se hicieron notables por su arrojo, ora como Gobernador de provincia, fue el Coronel Concha. Concurrió a la Convención de 1896-97 y en las pocas veces que habló, su verbo llevó al convencimiento a los ánimos de sus colegas y laboró eficazmente por el afianzamiento de las ideas liberales. Fuele reconocido el grado de Coronel de Ejército y lo que sorprende es que no se le diese la efectividad, cuando era digno de obtenerla. Mezquino egoísmo de los convencionales que, desde luego, en nada amenguó su valía. Cimentado ya el partido liberal en el poder, por breve tiempo se alejó de la política el Coronel Concha; pero luego fue llamado a desempeñar cargo consular en el Exterior y si mal no recuerdo, volvió a la patria al terminar el primer período presidencial del General Alfaro, consagrando su tiempo a la agricultura y negocios particulares. No quiso aceptar ningún empleo en la administración de Plaza y, seguramente, sin abandonar sus labores del campo, dedicóse a serios estudios, profundizando problemas científicos, preparándose, en una palabra, para altos destinos.

Su nativa provincia eligióle para representante a uno de los Congresos de esa época y a fin de darse cuenta e informarse sobre si era o no posible la construcción de líneas férreas o siquiera útil la conservación del camino, efectuó viaje, a pie, por la montaña de Lita y trajo hasta Quito una partida de ganado caballar. Grande era su entusiasmo porque se estableciese comunicación rápida entre Esmeraldas y las provincias del Norte. Cuánto hubiera trabajado para que se llevase a cabo el Ferrocarril, dorado sueño todavía que quizá se convierta en realidad.

La revolución de 1906 lo encontró dispuesto a secundar los propósitos del General Alfaro y efectuado el pronunciamiento en Esmeraldas, marchó con fuerzas sobre Manabí. El Gobernador se rindió sin combate y entrególe la plaza de Portoviejo con todos los elementos de guerra que se hallaban a su cuidado. Con la magnanimidad que siempre le acompañara, concedió garantías a todos los vencidos y no ejerció el menor acto hostil contra ninguno. Era Gobernador Juan Francisco Navarro, el mismo que posteriormente ha llegado a adquirir tristísima celebridad por su participación en los crímenes del 25, 28 de Enero y 5 de Marzo de 1912. Tratóle Concha como a camarada antiguo y facilitóle todo auxilio para que, sin inconveniente, se trasladara a Quito. La batalla del Chasqui fue la acción de armas más notable

que ocurrió en la revolución de 1906 y triunfante el General Alfaro procedió a organizar su Gobierno. El Coronel Concha se negó a aceptar ningún cargo elevado en la Administración y prefirió el de Cónsul general en París. Era altivo a la par que modesto. Nunca hizo ostentación de su propio valer. El terreno de las intrigas y las pretensiones siempre le fue desconocido y sentía profundo desdén por las bajezas y adulaciones que en todo tiempo y circunstancias rodean a los poderosos. Su permanencia en París duró tanto casi como la segunda Administración del General Alfaro y los ecuatorianos que tuvieron que tratar con él, amigos o enemigos políticos, conservan buenos recuerdos, porque siempre fue atento y comedido con todos. Parece que tuvo épocas de neurastenia aguda; pero la bondad de su carácter y su fuerza de voluntad a todo se sobreponían. Acaso entonces comenzara a germinar la enfermedad que le condujo al sepulcro y el *humor negro* era consecuencia muy natural de la dolencia orgánica.

Por el año 1911, poco antes del 11 de Agosto, vino al Ecuador y se asegura que el General Alfaro ofreció la Cartera de Guerra y luego su apoyo para que ascendiera a la presidencia de la República. Concha se negó. Hallábase retirado en sus propiedades de Esmeraldas cuando acaeció la inesperada caída del Caudillo. Acudió a Guayaquil en espera de los acontecimientos que habían de desarrollarse y persuadido de que el General Alfaro, por lo pronto al menos, permanecería alejado de la política activa, contrajo compromisos con Flavio E. Alfaro, ofreciéndole su concurso. A la muerte de don Emilio Estrada pronuncióse Esmeraldas en favor de Flavio y no cabe duda que Concha, conforme a sus compromisos, trabajase eficazmente para que el movimiento se efectuara. La revolución de Montero hizo fracasar los proyectos de Flavio y sus amigos; pero con el arribo del segundo a Guayaquil, llegóse a un cordial avenimiento y Flavio fue nombrado General en Jefe del Ejército de la Costa que debía operar sobre el del Interior. La batalla de Huigra, fatal para las huestes monteristas, enardeció los ánimos de los vencidos en vez de abatirlos y gran número de tropas se concentraron en Yaguachi. De ahí se envió la pequeña avanzada, cosa de sesenta hombres, que asaltó a Plaza en Naranjito y estuvo a punto de derrotarlo. El General Flavio E. Alfaro organizó su ejército en Yaguachi y dió al Coronel Carlos Concha el mando de una división. Batiose porfiada y valerosamente. Fue uno de los últimos que

abandonó la población en compañía de Flavio cuando éste, herido, consideró inútil ya la resistencia y sin objeto el sacrificio de sus soldados. Los esmeraldenos pelearon con más valor que los demás. Es que estos bizarros montañeses donde quiera han hecho lujo de incomparable valentía hasta el punto de ser considerados como los mejores soldados del ejército ecuatoriano. Los tratados de Durán dieron fin a la revolución de Montero, tratados que no hicieron más que poner de relieve la perfidia de Plaza, sirviendo de grosero lazo para atrapar a los Jefes del movimiento. El Coronel Concha escapó de la manera más casual y posteriormente, en escritos inspirados por Plaza, se le tachó de ingrato, porque Plaza no quiso que fuera enviado a Quito, al asesinato y al arrastre, lo mismo que los demásLo que sucede es que Plaza no le consideró enemigo peligroso, de ahí que se librara de sus combinaciones esa víctima más. De lo contrario, fácil es imaginarse lo que habría ocurrido. Concha permaneció oculto en Guayaquil. Llegó a su conocimiento el horrendo sacrificio de sus Jefes y amigos e impotente para ejercer por el momento ningún acto de justicia, allá en el fondo de su pecho hizo el solemne juramento de reparar la iniquidad cometida. No satisfecho Plaza con la matanza del 28 de Enero, preparó otro golpe y el 5 de Marzo mandó asesinar al General Julio Andrade. El ejército, que a órdenes de este Jefe venciera en Huigra y en Yaguachi, secundó miserablemente las infames maquinaciones de Plaza y sus cómplices y una página más de ignominia, de traición cobarde, se agregó a la historia militar del Ecuador.

*
* * *

Dueño Plaza de la situación, eliminados los obstáculos que a su desenfrenada ambición se opusieran, se dio a perseguir y encarcelar a quienes todavía le infundían recelos y desconfianzas. Desaparecidos los grandes, temió que los pequeños le pidiesen cuenta de sus crímenes y contra ellos lanzó sus sabuesos. Carlos Concha había logrado salir de Guayaquil y asilándose en la isla San Ignacio, mientras acopiaba elementos de guerra para abrir la campaña de reparación y justicia que se propusiera. Delatado por uno de sus confidentes, pronto estuvo la policía sobre la

pista y la presa cayó en las garras. Un oficialillo cualquiera ultrajóle groseramente y arrebatóle joyas y dinero. Se hizo el escarnio de llamarle al servicio activo de las armas y destinarle a uno de los Departamentos del Estado Mayor. Bajo ese pretexto fue traído a la Capital, emplazado y sujeto a la vigilancia de la policía. Una ocasión se presentó un oficial en su domicilio y le entregó una suma de dinero.—Qué es ésto? preguntó el Coronel Concha.—Mi Coronel, son sus raciones que le envían del Estado Mayor, contestó el oficial.—Ca.....nastos! sólo de mi madre aguardo dinero, fuera de aquí, bellaco!—El oficial no volvió por otra.

Para la realización de proyectos que hervían en el cerebro del Coronel Concha era indispensable su salida de Quito y al efecto preparó la marcha. Rodeado de espías, poco desconfiado, un Jefe del ejército, antiguo servidor del General Alfaro y aparentemente leal, fue depositario del secreto y el único a quien puso al corriente de su plan. Este consistía en dirigirse por la Magdalena y Chillogallo a Santo Domingo de los Colorados fletar una canoa y río arriba atravesar las selvas y desembarcar en sitio cercano a Esmeraldas. En compañía del capitán Caicedo, esmeraldeño, púsose en viaje y sin novedad llegó a Santo Domingo. Para evitar tropiezos y contratiempos, valiéndose de machetes, echaron abajo algunos postes del telégrafo y aún trataron de destruir puentes que sus exiguos medios no lo permitieron. Llegado que hubieron al primer caserío de la montaña, presentóse con fuerte escolta el teniente político y los viajeros fueron capturados. El Jefe leal, el confidente del Coronel Concha habíale denunciado y las autoridades de Quito tuvieron tiempo de ordenar su captura. Ya no se le guardó ningún miramiento y directamente fue conducido al Panóptico. Allí me encontraba yo *asegurado* ya y pocas veces pudimos conversar, porque ocupábamos distintas series y nos estaba prohibida la comunicación. Al Coronel Concha se le inició un juicio militar por *ausencia ilegal o deserción*, qué sarcasmo! y además por haber intentado destruir o destruido las líneas telegráficas del Estado, vías de comunicación, etc., etc. A mí se me instruyó juicio civil por tentativa de conspiración. Para activar el juicio militar y someterlo a Consejo de Guerra fue trasladado el Coronel Concha al cuartel de Artillería primero y luego a la Escuela Militar donde efectivamente se le juzgó, saliendo sentenciado a un año o más de prisión. Sin duda fue

entonces cuando declaró que era católico, según la aseveración del Dr. Borja; pero yo entiendo que eso lo dijo por tomar el pelo a algunos de los pseudo liberales que formaban el Consejo de Guerra, pues Carlos Concha pertenecía a la escuela más avanzada del radicalismo y sus ideas, tanto políticas como religiosas, marchaban en perfecta armonía. No podía haber habido contradicción tan palmaria. Vargas Torres murió como un convencido, negándose a recibir los auxilios de la clerecía y su hermano difícil era que estuviese en desacuerdo. Fundado en motivos legales, el Coronel Concha apeló ante la Corte Superior de Quito, pidiendo la nulidad de la sentencia dictada por el Consejo de Guerra y mientras fuese resuelta la petición, obtuvo su libertad, mediante la respectiva garantía. Marchó a Guayaquil y a poco se dirigió a Esmeraldas. No había abandonado sus proyectos. Todo lo contrario. En la madrugada del 24 de Setiembre de 1913, al frente de un puñado de hombres adictos atacó la plaza y se apoderó de los cuarteles. El triunfo era suyo. Por desgracia, la tripulación del "Libertador Bolívar" que debió haber zarpado a Guayaquil en la mañana, antes del asalto, y por extraña casualidad permanecía fondeado en la bahía, desembarcó de improviso y recapturó la plaza. Concha, sin perder un soldado ni el menor elemento de guerra, antes bien llevando consigo los rifles y municiones de la guarnición enemiga, se retiró ordenadamente a la montaña y dió comienzo a esa serie de épicos hechos que tanto enaltecieron su nombre.

*
* *

Eliminados los mejores Jefes del liberalismo ecuatoriano, sumida la patria en un mar de vergüenza e ignominia, todas las voces de protesta habían sido acalladas y parecían perdidas las esperanzas de reivindicación de la honra nacional. Reinaba uno como estupor. Nadie se atrevía a levantar la bandera del partido radical, caída y manchada de sangre. No hay un hombre de coraje, se decían todos y un desaliento supremo invadía los corazones. Después de que en una ciudad del interior, Ambato, se lanzó a la faz de la República la insolente y estúpida frase "Plaza o bala", el bofetón más recio que la patria ecuatoriana recibiera, el ni-

lencio de los sepulcros prevalecía en todas partes. Guayaquil, el pueblo altivo por excelencia, el pueblo rey no se inmutó ante la canallésca injuria y los mejores ciudadanos agacharon la cerviz, dispuesta a dejarse uncir al yugo sangriento y oprobioso. Nadie pensó en Esmeraldas, nadie se acordó de Carlos Concha! De improviso una ciudad heroica sacudióse con la majestad del rey de las selvas y la roja bandera apareció empuñada por la fuerte mano de un adalid. Esmeraldas era la ciudad heroica, el adalid Carlos Concha. El asalto del 24 de Setiembre fue un toque de clarín que retumbó con sonoridades de bronce en los pechos ecuatorianos. Días antes habíase leído con estupefacción un Mensaje presidencial al Congreso en el cual, empleando los términos más despectivos, se aludía a la incapacidad, cobardía e impotencia del partido opuesto al régimen imperante y se consideraba éste firmemente cimentado en el poder. "Hasta ahora ni siquiera se ha levantado una montonera, no se ha disparado un solo tiro....."; Carlos Concha se encargó de la réplica y todos saben hasta qué punto fue enérgica y vigorosa. Aquellos que hablan de odio personal, de rencores particulares están en grande error. No fueron tan mezquinos sentimientos los que pusieron las armas en manos de Concha y los que le secundaron en su patriótico esfuerzo. Fue muy alto y nobilísimo el ideal. La prueba está en la manera como se trató a los prisioneros de guerra, el respeto que se tuvo por las poblaciones donde penetraron fuerzas rebeldes y el desdén profundo que inspiraba la personalidad de Plaza. Recuerdo que en una de mis visitas al Coronel Concha, recién salido del Panóptico, refirió lo siguiente: "Después del combate de la Propicia, mis negros, persuadidos de la próxima toma de Esmeraldas, me pidieron que les hiciese la *pintura* de Plaza para entregármelo vivo. Es fácil distinguirlo, les dije, es un grandote, barbón, panzón, y.....SALGÓN.—Qué piensa hacer de él si se lo traemos?—Pues nada! Le hago quitar las barbas, lo embarco en una *chata* y lo mando a regalar a Panamá, Centro-América o Guayaquil....." Con la mayor seriedad decía esto el Coronel Concha e insistió en que así lo hubiera hecho. Hablamos luego sobre la *plantilla* de Plaza cuando éste telegrafió a un diario de Guayaquil dando cuenta de la recepción que le hiciera, la gran comida que al Panóptico le enviara junto con dos famosas botellas de vino añejo, que en sus bodegas reservaba para las grandes ocasiones. —"Ese es un tipo, dijo; si yo fuera tan bajo como él, habría mandado también correspondencias a Guayaquil indi-

cando que la gran comida y el vino añejo procedían del hotel de Charpentier y que hube de aceptarlo todo como una restitución, pues mi madre cuando este Plaza llegó a Esmeraldas, ahora tiempos, con la *pata* al suelo, en compañía del padre y otros miembros de familia, le acogió como si fuera hijo suyo, le regaló toda la ropa de mi hermano Clemente que trajo de París y ni una vez la usó y le puso veinte pesos al bolsillo".—En tal momento la indignación coloreó las pálidas mejillas de Concha y se notaba la ira y el desdén que por Plaza sentía. Habrá todavía quien afirme que la guerra de tres años fue obra del odio personal, no de una gran idea, no del noble propósito de rehabilitar la patria ecuatoriana ante el concepto de las naciones extranjeras, no de llevar a cabo el programa de reparación y de justicia?

El Ecuador se despertó como de una pesadilla al eco de los disparos de Esmeraldas. Plaza y sus cómplices temblaron. El desacierto predominó en todas sus disposiciones. Primero envió un contingente escaso a órdenes del mayor Icaza. Fue batido por completo. La revolución se agrandaba. Luego agarró por ahí un hacendado repleto de caudales y de fatuidad, con título de coronel, el mismo que escurrió el bulto, cobardemente, a vista y paciencia de todos, en la batalla de Yaguachi y lo mandó de Guayaquil con numerosas fuerzas y orden terminante de vencer a Concha. Cualquiera lo pensaría! Concha atrajo hábilmente al flamante Coronel y en el "Guayabo" le asestó formidable golpe de maza. Parte de las tropas vencedoras en Huigra y Yaguachi, vergonzosamente rindieron las armas y el triunfo de Concha fue completo. Entonces se reveló como hombre de concepciones estratégicas y tácticas de primer orden. Velasco Polanco, el Jefe aludido, se humilló y apenas tuvo ánimo para pedir al *General* Concha, antiguo amigo y correligionario, como el mismo le llamó, pasaporte con *auxilios* para cualquier puerto de España! El vencedor, magnánimo como siempre, a todos dió amplias garantías, a ninguno hostilizó y puso en libertad a los prisioneros de guerra, socorriéndoles en cuanto pudo. A Plaza le temblaron las barbas una vez más; y sin saber qué hacer, ocurriósele, para desprestigiar la revolución y aminorar los efectos de la victoria de Concha, acusarle de haber mandado asesinar a los individuos de la "Cruz Roja". La acusación tuvo eco y hasta el señor González Suárez se hizo de ella partícipe. Llovieron protestas y manifestaciones. Es que todos veían próxima la hora del castigo, había

muchas conciencias ennegrecidas y el temor de las represalias estableció completa solidaridad con Plaza. La tal acusación no fue sino arma vedada, de aquellas que siempre Plaza ha sabido usar. A raíz del triunfo del "Guayabo", los individuos de la "Cruz Roja" solicitaron salvoconducto a fin de asistir a los heridos que, según ellos, se hallaban en otro lugar. Concha les concedió al momento cuanto le pidieron y se embarcaron en una canoa bien equipada. Ocultamente tomaron a bordo unos cuantos oficiales y soldados, de los vencidos, armados y municionados. Navegaban por el río Esmeraldas, entrada ya la noche. De improviso dieron con un retén de las fuerzas de Concha y al grito de "¿quién vive?", en vez de parar la marcha y hacerse reconocer, bogaron con más ímpetu. El retén se alarmó e hizo fuego al aire. Los tripulantes de la canoa contestaron los fuegos al bulto. Entonces los del retén se echaron al agua briosamente, machete en mano abordaron la canoa y ultimaron a los que en ella encontraron, persuadidos de que eran enemigos que trataban de escapar. Eso fue todo; pero Plaza explotó el incidente hasta darle proporciones que, a la verdad, mucho daño causaron a la revolución, por la ignorancia en qué se estaba respecto de la manera cómo ocurrieron los hechos, a distancia tan remota y sobre todo con el cable en manos de Plaza y sus agentes.... No había más noticias que las que el Gobierno hacía circular. La revolución carecía de órganos de propaganda. Uno de los cómplices de Plaza, el chileno Cabrera, acaso el más culpable, después de Plaza, de todos los horrores ocurridos en el Ecuador en la última época, fabricó un decreto donde se puso de relieve el pobrísimo concepto que del Ecuador tenía. Por el celeberrimo decreto se creaba una condecoración llamada "el parche rojo", como premio a los sobrevivientes del combate del "Guayabo", es decir, como premio a la ineptitud y la cobardía. Era una tomadura de pelo como cualquiera otra; pero que, dadas las circunstancias en que el tal decreto se expidiera, resultaba enorme ridículo para la nación entera. Justo que se premie el valor, el heroísmo. Hay derrotas que son gloriosas y dignas de ser insertas en el libro de la historia patria. Pero un fracaso como el del "Guayabo"? Las fuerzas de Concha constaban de ciento setenta hombres, no bien armados. A más de mil ascendían las de Velasco P. con todo el equipo necesario para una larga campaña, incluso cañones y amotralladoras. Y éstos merecían ser premiados?

Trémulo todavía por el golpe preparó Plaza una expedi-

ción de dos mil hombres, fletó o tomó cuanto barco pudo encontrar en aguas ecuatorianas para trasladarlos a Esmeraldas y establecida la solidaridad entre todos los responsables del 28 de Enero y 5 de Marzo, no tuvo dificultades en conseguir recursos, dinero, víveres, etc., etc. Pero cometió otro desacierto. Puso a la cabeza de la expedición a Juan Francisco Navarro, militar por el estilo de Velasco P. y sobre quien gravitaba gran parte del peso de los crímenes de Enero y Marzo. La expedición desfiló como la Grande Armada de Felipe II, sólo que no se abrió el mar para tragarla y tranquilamente arribó a costas esmeraldeñas. Mucho se ha hablado sobre inicuas especulaciones en víveres, sobre fortunas improvisadas a pretexto de la tal expedición; pero jamás que sepamos se ha hecho luz al respecto y los millones que dizque ha costado la guerra de tres años, no todos fueron invertidos en su verdadero objeto. La primera medida de Navarro fue bombardear Esmeraldas y producir el incendio de algunas casas valiosas. Esmeraldas, ciudad abierta, no estaba sujeta a las leyes de la guerra; pero qué importaba eso? Derecho de gentes, garantías individuales, a qué invocar esas bellezas cuando se trataba de destruir la ciudad heroica y acabar con el último partidario, con el último combatiente del glorioso adalid? No se atrevió la expedición a desembarcar a la vista de Esmeraldas y después de voltejar intonsamente, siguió rumbo a la costa norte fronteriza con Colombia. Concha no esperaba más que el desembarco para desarrollar sus magníficos planes de guerra y entre tanto adiestraba a sus soldados. Plaza, más que por pundonor, por el ansia de librarse de angustias infinitas, convencido de que su cómplice no era apto para empresas de valor, acudió inopinadamente al teatro de la guerra y sin casi la menor fórmula lo depuso del mando. Así paga el diablo a sus devotos! Por ahí existen unos telegramas teatrales que causan hilaridad. No hay objeto en exhumarlos. Concha desocupó la plaza de Esmeraldas con todo su equipo de guerra, retiróse a Tachina a menos de tiro de cañón de la ciudad y dejó libre el acceso a las tropas enemigas. Mientras Plaza envalentonado con la ocupación de Esmeraldas hacia frente a las fuerzas rebeldes situadas en Tachina, otro de sus tenientes, Moisés Oliva, desembarcó en Ostiones y tras resistencia, intencionalmente débil, se apoderó de la región norte de la costa, y avanzó a medirse con Concha, seguro de la victoria. El caudillo radical había meditado bien sus planes, con su acostumbrada habilidad atrajo al enemigo a "Camaronés" y una nueva victoria, tan completa como la del "Guaya-

bo" fue el resultado de sus combinaciones tácticas. Para que se comprenda bien la importancia de este combate, mejor es reproducir el documento que tengo a la vista y dice así: "Combate de Camarones.—Fuerzas del general Plaza que actuaron: El generalísimo Plaza, que se quedó en la ciudad de Esmeraldas.—Coronel Moisés Oliva, Jefe de Operaciones.—Coronel Enrique Valdez, Jefe de Estado Mayor.—Comandante Luis A. Dueñas, primer jefe del batallón "Vencedores".—Comandante Daniel del Hierro, primer jefe del batallón "Babahoyo".—Comandante J. Vicente Alvarado, primer jefe del batallón "Daule".—Comandante Antonio O. Espinar, primer jefe de la columna "Vengadores de Andrade".—Total de hombres que entraron en combate, 830.—Además los vapores "Cotopaxi" y "Tarqui" sostuvieron el combate con fuegos de cañón y fusilería, al mando de sus respectivos jefes Andrade y Fernández Madrid.—Fuerzas del General Concha que actuaron: General C. Concha T., Comandante en Jefe.—Mayor Federico Lastre, jefe de la columna "10 de Diciembre".—Mayor Julio S. Mena, jefe de la columna "Vargas Torres".—Mayor Alejandro Proaño, jefe de la columna "Esmeraldas".—Total de hombres que entraron en combate, 350.—El resultado del combate fue el triunfo completo de las fuerzas del General Concha, las que tomaron al enemigo los siguientes elementos bélicos: 635 rifles y 25.530 tiros.—Pérdidas del ejército del General Plaza:—Jefes muertos, 2.—Oficiales id, 20.—Soldados id. 400.—Oficiales heridos, 4.—Soldados id, 50.—Jefes prisioneros, 3.—Oficiales id. 8.—Soldados id. 250.—Pérdidas del ejército del General Concha:—Oficiales muertos, 1.—Soldados id. 5.—Oficiales heridos, 1.—Soldados id. 15".—Tamaño desproporción entre las pérdidas de uno y otro no asombran, si se pára la consideración en lo imprevisto del ataque y la precisión de los movimientos, pues materialmente fue envuelto el enemigo y sufrió descargas cerradas a boca de jarro. Que éste pudo haberse repuesto de la sorpresa y restablecer el combate, con ventaja talvez, ya que se componía de tropa veterana y debía marchar con la idea de batirse a cada momento, es cosa que no admite duda; pero yo he oído de los propios labios de Carlos Concha que hubo falta de dirección, de previsión, mucha confianza, en una palabra, que los Jefes de Gobierno no supieron cumplir su deber ni manifestaron nociones de lo que es la guerra en realidad. Concha procedió de acuerdo con principios establecidos y nunca se figuró que sus adversarios los ignorasen. Por poco tiempo mantuvo en rehenes algunos prisioneros, pero noble y magnánimo como de costumbre, en

el mismo campo de batalla concedió libertad a los restantes. El 12 de Abril de 1914 ocurrió el combate de "Camarones" y, por la más extraña de las coincidencias, en la misma fecha, al cabo de cinco años, ha acaecido el fallecimiento de Carlos Concha. Es de imaginarse la ira, el miedo que se apoderaron de Plaza en cuanto tuvo noticias del desastre de "Camarones" y la manera cómo recibió a su Jefe de Operaciones y los demás derrotados. Concha recogió abundante botín de guerra y volvió a sus primitivas posiciones a prepararse para nuevos combates.

*
* * *

El Coronel Concha no quedó solo en la lid. Su ejemplo estimuló a muchos patriotas y cada uno hizo lo que pudo por secundar la esforzada labor iniciada en Esmeraldas. León Valles Franco, Carlos Alfaro en Manabí; Maridueña, Paz León en Yaguachi y todos los buenos liberales de la Costa, levantaron partidas armadas, haciéndose casi general el movimiento revolucionario. Por desgracia, después de algunos triunfos de nota, vino el fracaso y el valeroso Valles Franco sucumbió miserablemente asesinado por la policía de Guayaquil en la casa que le servía de asilo. Carlos Alfaro pudo escapar al Perú, Maridueña se rindió, Paz León cayó prisionero después de un épico asalto al Milagro y fue conducido al Panóptico. Por mi parte también acudí al llamamiento y someramente voy a relatar mi actuación aunque se me tache de jactancioso. Antes de que Concha fuese juzgado en Consejo de Guerra, salí del Panóptico en libertad, después de haber rendido fianza hipotecaria. En ningún momento pude ponerme al habla con él, a causa del espionaje de que los dos éramos objeto, de manera que, cuando tuve conocimiento del asalto a Esmeraldas, el 24 de Setiembre, mi sorpresa, mi indecisión fueron grandes. No me oculté, pero, requerido por un pesquisa a fines de Octubre para que me presentase en la policía, comprendí que mi libertad corría peligro, burlé al pesquisa y me asilé en una casa honorable. Después de veinte días de permanencia en dicha casa emprendí viaje a Colombia. En las provincias del Norte, especialmente en Tulcún, habían amigos que estaban ansiosos por secundar la acción de Concha. La noticia de mi llegada

a la frontera aumentó el entusiasmo y sin pérdida de tiempo me puse en comunicación con los amigos de mayor importancia. En Quito habían sido aprehendidos y desterrados al Perú Abelardo Moncayo, mi hermano político, su hijo Alberto y Aurelio Corlovez. El rumbo que yo tomara, era ignorado por Plaza. Sospeché que me hallaba en Colombia y no paró hasta cerciorarse. Una mañana se presentaron intempestivamente en el patio de la hacienda donde yo residía, tres caballeros de Cumbal, dos de apellido Portilla y otro cuyo nombre no recuerdo. Echaron pie a tierra y directamente inquirieron por mí, con pretexto de visitarme. Hube de recibirlos. En seguida le llegó a Plaza un telegrama concebido así: "La persona por quien Ud. indaga, está en Chinguad". El 20 de Diciembre, en altas horas de la noche, pasó de Tulcán una escolta armada a órdenes del Mayor Amable Cevallos, 2º Jefe del "Pichineña" y unida a dos piquetes de las policías de Ipiales y Cumbal, asaltó la hacienda de Chinguad. Tuve oportuno aviso y me refugié en las faldas del Chile. El Mayor Cevallos, contrariado por no encontrarme, se desató en improperios contra mí, y en su furor declaró altamente que llevaba orden de capturarla, cortarme la cabeza en territorio ecuatoriano y arrastrarla por las calles de Tulcán. Dos o tres días antes había sido asesinado en San Gabriel el mayor Alejandro Herrera con quien estaba yo de acuerdo para iniciar el movimiento en el Norte. Defraudado en la esperanza de mi captura y temeroso de que la ciudad de Tulcán fuese atacada, Plaza envió refuerzos, armamento etc., etc. bajo el cuidado del General Rafael Arellano a quien nombró Comandante en Jefe del ejército del Norte. Sabedores los patriotas de Tulcán del arribo del General Arellano se congregaron en Huaca, con poquísimas armas y escasos de municiones, a fin de asaltar el parque en las llanuras del Vínculo. Lo hicieron sin autorización, ni conocimiento míos. Faltos de dirección e impulsados únicamente por su temerario valor, se lanzaron en Mata Redonda sobre las fuerzas del General Arellano y agotadas las municiones, después de diez minutos de tiroteo, voltearon caras y se ocultaron en las espesuras de Huaca. Tal fue el *combate* de Mata-Redonda al cual dió el gobierno colosales proporciones. El General Arellano aumentó a mil hombres la guarnición de Tulcán. Reuní a los derrotados de Mata-Redonda, algunos patriotas más y me situé en las cercanías de Taya. Una excursión que hice por territorio ecuatoriano, burlando la vigilancia del General Arellano, en el mes de Enero de 1914, no produjo el resultado que esperaba, y en

Car disolví la gente, no sin la prevención de que en breve volveríamos a tomar las armas. Mientras tanto me trasladé a Ipiales, ocultamente, y de allí escribí al Coronel Concha, indicándole mi situación, la necesidad que tenía de que me auxiliara con elementos de guerra y el entusiasmo que había por él en las provincias del Norte. "Reconocemos a Ud. como Jefe, le decía, nos ponemos a sus órdenes y esperamos sus instrucciones". La respuesta de Concha fue que no tenía armamento sobrante, que se hallaba en gestiones para conseguir mil rifles bien dotados en el Exterior, de los cuales me enviaría quinientos. Este auxilio no llegó, porque los sucesos se precipitaron. Logré reunir en la frontera cosa de ciento sesenta fusiles de diversos sistemas, fuera de cuarenta que se hallaban en manos de los huaqueños y sirvieron para el pequeño tiroteo de "Paja Blanca" en el cual salió mal parada una fracción de las fuerzas placistas; pero sin que hubiese mayores consecuencias. Persuadido el General Arellano de que yo estaba en la montaña de Huaca, organizando mis tropas, se trasladó con la mayor parte de sus fuerzas a batirme y dejó desguarnecida la plaza de Tulcán. Mis condiciones no eran favorables y perdí la oportunidad de atacarla. Entre tanto, un agente del Coronel Concha, el Capitán Tulio Caicedo, el mismo que le acompañara, cuando su captura en Santo Domingo de los Colorados, había venido a Tumaco, enviado por él y desde allí se puso en comunicación conmigo. "Para las operaciones de nuestro Jefe, me decía, es necesario saber si Ud. puede ayudarle en el Norte. Me ha ordenado comunicarle que Quito y las ciudades más importantes del Centro, según datos recibidos tienen escasa guarnición y si Ud. pudiera, burlando al General Arellano, destruyendo puentes y líneas telegráficas para retardar la persecución, invadir por Imbabura, no comprometer combate sino en último caso, amagar la capital, apoderarse de Latacunga, Ambato y Riobamba, quedaría cortada la comunicación entre Quito y Guayaquil y se facilitaría el triunfo definitivo. Si Ud. acepta esta combinación, avíseme al momento por telégrafo, pues el tiempo urge". Esto era en los primeros días de Abril. Contesté a Caicedo en sentido afirmativo y me puse a la obra. El Coronel Timoleón Pasquel, Rafael Moncayo Andrade y otros Jefes del Norte me ayudaron eficazmente. En la mañana del 12 de Abril atravesamos la frontera y en la hacienda "Car" se organizó la expedición. Contaba con doscientos hombres, ciento sesenta armados de fusiles y los demás de machetes. Cuarenta rifles quedaron en manos de soldados que no pu-

dieron acudir a la cita. La marcha fue tan rápida que al amanecer del día 14 estuve sobre Ibarra y después de una hora de combate me hice dueño de la plaza. Fue imposible rehuír el encuentro con el enemigo. Este había dejado poca fuerza en la ciudad, retirándose a Caranqui con el grueso de la división. Comandábala el Coronel Juan José Villacreces y según se me aseguró, componíase de 500 a 600 hombres. Parece que dicho Jefe tuvo datos exagerados respecto del número de mis fuerzas, los trasmitió a Quito y el chileno Cabrera, Jefe de Estado Mayor entonces, le ordenó que abandonase Ibarra. Fue un gravísimo error y el infortunado Coronel Villacreces pagó con la vida los desaciertos de Cabrera. En el cuartel de Ibarra encontré regular cantidad de armamento y municiones, armamento que al instante pasó a manos de mis soldados, a cambio del pésimo que cargaban. Patriotas ibarreños en número de ciento, más o menos, se presentaron voluntariamente, aclamaron como Jefe de la Unidad que formaron al Comandante Guillermo Andrade y a las nueve de la mañana iniciamos otro combate con las fuerzas situadas entre Ibarra y Caranqui. Este combate duró hasta las dos de la tarde. Derrotado ya el enemigo, prisioneros cosa de cuarenta, entre oficiales y soldados, de improviso circuló entre los míos la noticia de que el General Arellano avanzaba con su ejército y coronaba ya las alturas de Aloburo. La noticia cundió como incendio, se produjo desorden y ya no fue posible destruir totalmente al enemigo el cual pudo retirarse de Caranqui sin ser perseguido. Algún mal compañero o agentes del Gobierno fueron quienes hicieron tan ingrata labor y no pudimos aprovechar completamente de nuestro éxito. El Coronel Villacreces, herido de gravedad en pleno combate, sucumbió a poco. El General Arellano, en realidad, sobrecogido por la sorpresa que le produjo mi invasión, avanzaba lentamente y aun no había pasado el puente de Chota. El espionaje que yo situara en Aloburo no cumplió su deber y fácil fue a los individuos a quienes me he referido, llevar a cabo su trabajo. Varios problemas se me presentaron; pero la idea del compromiso contraído con el Coronel Concha, influyó decididamente en mi ánimo y desocupé Ibarra con el propósito de acercarme a Quito, atacar la ciudad si era posible o seguir de largo a cumplir las instrucciones del Jefe de la revolución. Ciertos elementos envidiosos o pérfidos, o acaso los que pudieron haberse mezclado con mis soldados, sin que yo lo notara, dependientes del placismo, lograron introducir la desmoralización y el rato menos pensado parte de mi gente se sublevó y terminantemente expresó que no

daría un paso más con dirección a Quito. Nos hallábamos en el descenso al pueblo del Quinche. Ruegos, amenazas, nada valieron. Ni siquiera pude conseguir que, a efecto de proveernos de víveres, tomar informes, etc., etc., continuase el avance hasta la población. Lo ví todo perdido. No quedaba más remedio que regresar y abrirnos paso a la provincia del Carchi, supremo deseo de los que me acompañaban. Los voluntarios de Imbabura casi todos habían desertado, apenas me restaban los carchenses, considerablemente disminuidos, pues las bajas entre muertos y heridos, sufridas en los combates de Ibarra y Caranqui, alcanzaron a sesenta y ya no me inspiraban la misma confianza. Preciso fue ceder. El 19 de Abril choqué en el "Hato" a inmediaciones de Cayambe, con fuerzas enemigas, a eso de las cinco de la tarde. Combatimos mientras duró la claridad del día con indeciso resultado y a la noche abandonamos nuestras posiciones, trepando por las faldas del Cayambe a fin de atravesar los páramos y salir a Pimampiro, sobre el río Chota. En este combate perdí algunos valientes y salió herido uno de mis Jefes principales, el Coronel Guillermo Andrade. El servicio de guías no fue satisfactorio y el 21 de Abril volvimos a chocar con el enemigo en "Turacucho", produciéndose un tiroteo que no nos causó ninguna baja, pero que aumentó la desmoralización de mi gente, tan abnegada, tan adicta al principio, tan rebelde después! El desenlace no se hizo esperar. Quedé en los páramos, exhausto de fuerzas, sin más compañeros que el Coronel Pasquel, el joven Carlos Landázuri y un ordenanza. Los restos de mi tropa se rindieron en Angochagua, algunos lograron llegar a Colombia, mis compañeros y yo fuimos aprehendidos en "La Quinta", a inmediaciones de Otavalo, cuando nos proponíamos tomar la vía de Lita y acudir al cuartel general de Carlos Concha. Tal fue el término de la revolución primera del Norte, inaugurada bajo tan buenos auspicios y cuyo fracaso impidió la caída de Plaza, pues las vicisitudes ocurridas imposibilitaron la realización de los propósitos acordados. Posteriormente, malos amigos, trataron de llevar al ánimo de Concha el convencimiento de que mi actuación en el Norte no fue leal, porque, según ellos, era mi intento la exaltación de Abelardo Moncayo u otro miembro de mi familia. El más desinteresado patriotismo fue norma de mis actos y, lo mismo que Concha, no pensé sino en el triunfo de la justicia y la reivindicación del honor nacional, venido a menos por los horrendos crímenes que infamaron al Ecuador en el concepto del mundo civilizado y causaron su desprestigio. Por lo demás, Carlos Concha había

sobresalido, le cupo la honra de ser el primero que iniciara la protesta armada, se puso en evidencia como hombre de gran carácter, de gran valor, se reveló como militar de primer orden, entendido en el arte de la guerra y el conjunto de sus cualidades debía, naturalmente, imponerse a la admiración de sus amigos, ya que no de todos sus compatriotas. Por lo menos ese ha sido mi criterio y sincera, lealmente lo reconocí como Jefe de la Revolución. Los desterrados ecuatorianos en Lima, Abelardó Moncayo, el Dr. José Peralta y varios otros suscribieron un acuerdo por el cual se consagraba a Carlos Concha como Jefe del Partido radical y bastaba eso para que la suspicacia y la mala fe viesen frustrados sus intentos. Roberto Andrade, además, publicó un folleto en que elevaba a Concha a la altura del General Alfaro.

No quiero dejar en silencio un hecho sangriento, un hecho bárbaro ejecutado por las tropas placistas. Cosa de diez y seis hombres, con el mayor Enrique Ortiz, quienes venían a incorporarse a nuestras fuerzas desde la frontera colombiana, sabedores en el tránsito de que habíamos desocupado Ibarra y el placismo era de nuevo dueño de la plaza, optaron por tomar caminos extraviados y al efecto se dirigieron a Salinas, cruzando en tarabita el río Chota. En Ibarra se tuvo noticia del avance de la diminuta fracción, desarmada, por lo demás. Las autoridades enviaron a su encuentro un piquete de cincuenta hombres al mando del Teniente N. Espinosa. Los patriotas descansaban en una casucha al borde del camino. Fueron sorprendidos, no tuvieron tiempo de fugar e izaron un trapo blanco en señal de rendición. Como respuesta recibieron descargas cerradas. El mayor Ortiz logró escapar, precipitándose en un barranco; pero sus infelices compañeros fueron asesinados sin compasión, no obstante de no haber hecho la menor resistencia. Y tal infamia se pretendió inscribirla como hazañosa acción de guerra! Consta efectivamente en partes oficiales y el teniente Espinosa obtuvo, como galardón, ascenso a capitán. No sólo se estimulaba, sino que se premiaba el crimen y era digno de encomio todo autor de fechorías e iniquidades. Cuántas fueron cometidas en Huaca, en el "Aliso" y otros lugares del Carchi!



El triunfo de "Camarones", la invasión del Norte, como aterrantés visiones cruzaron por la imaginación de Plaza y se consideró perdido. Se dice que casi no abandonaba el "Libertador Bolívar", listo a zarpar con rumbo desconocido.... Sin embargo, ansiosos sus jefes y soldados por tomar la revancha de "Camarones", le obligaron a que autorizase un nuevo ataque a las posiciones revolucionarias y el 5 de Mayo se rompieron los fuegos en la "Propicia". El combate fue recio; pero las hábiles disposiciones del Jefe radical, su táctica consumada, el vigoroso esfuerzo de sus aguerridas huestes, dieron como resultado una victoria más. El enemigo sucumbió. Oliva, el mismo de "Camarones" cayó herido y prisionero. Los demás jefes también fueron heridos, murieron o se rindieron. Algo se dijo respecto de una bandera blanca izada en lo más fuerte del combate, acto que trajo como consecuencia la victoria más rápida de Concha; pero lo probable es que fuera invención para cohonestar la derrota y echar responsabilidades sobre otros. No cabe duda que, con eso o sin eso, siempre de Concha hubiera sido el triunfo. De su nobleza e hidalguía dió nuevas pruebas. Escaso de medicinas su botiquín de campaña y sin auxilios para atender a los heridos, quienes podían perecer, tirados en el campo, mandó que fuesen recogidos y enviados a Esmeraldas, incluso Oliva, contra quien no permitió la menor hostilidad, abrumándole con su magnánimo proceder. Plaza, aterrado, presa del más espantoso pánico, corrió a guarecerse en el "Libertador Bolívar"; pero antes ordenó que fuesen refuerzos al lugar del combate. Ya era tarde. Los refuerzos huyeron de medio camino y se asegura que los jefes botaron sus presillas, toda insignia que revelase su gerarquía militar y se confundieron con los individuos de tropa, creyendo así salvar la vida. El Coronel Concha había tomado nota de muy curiosos particulares y los refería con mucha gracia. Seguro es que haya escrito la historia de su campaña y con arte propio burilado interesantes siluetas.....Sería lástima que no se diese a luz obra tan importante para que los oropeles no reluzcan tanto, y el brillo de aparato sea menos ostentoso.

Pero Concha cometió una falta. No persiguió la derrota, no atacó a Esmeraldas. El mismo la reconocía. De esa falta provino la interrupción de sus triunfos y el mantenimiento de Plaza en el poder. Ya éste se daba por caído. Un empuje más y la justicia volvía a prevalecer en el Ecuador, se castigaba el crimen, una nueva era lucía para la Patria! No lo permitió el destino, como que aún están reservadas terribles pruebas, como que aún suficientemente lavadas no han sido las manchas de oprobio que nos cubrieran y todavía tendremos que sufrir la dominación del maricismo, el imperio del régimen más funesto que ha humillado la República. . . . La muerte del egregio Carlos Concha, ocurrida en las circunstancias actuales, tan difíciles para la Patria, ha dejado en una como orfandad, otra vez, al gran partido de las reformas. Otra vez caída, por los suelos, nuestra gloriosa bandera, la bandera roja. Quién la recogerá, quién la levantará? Pero las ideas no perecen, esperemos. Pobre del partido que sucumbe por falta de hombres que sustenten sus principios, principios eternos e inmutables como el espacio, principios de justicia que algún día han de prevalecer en la tierra!

Dueño de más abundante material de guerra, aunque escaso de pertrechos, casi agotados en tan repetidos combates, no obstante la renovación y acopio que de ellos hiciera en los arsenales contrarios, el Coronel Concha meditó sobre la conveniencia de extender sus operaciones y, sin perder de vista Esmeraldas, llevar la guerra a otros lugares de la República para distraer la atención del enemigo y apresurar el éxito. Al efecto destacó tropas de su campamento y envió armas en regular número a Manabí. Desgraciadamente no todos los manabitas correspondieron a sus esperanzas y, primero en Canoa, luego en Chamizas, tras larga e inútil estación, vino el fracaso para las tropas expedicionarias. Efectuó algunas tentativas por el lado de Santo Domingo de los Colorados a fin de acercar la obispa revolucionaria a la capital y las poblaciones del Centro, pero tampoco obtuvo resultado y la toma de Quevedo, así como también los amagos sobre Guayaquil y Portoviejo igualmente fracasaron. Los coroneles Alberto Moncayo, César Virgilio Vaca y J. Gualberto Pérez acudieron desde Lima al cuartel general de San Mateo. Pérez fue destinado a actuar en Santo Domingo de los Colorados, Vaca tornó al Perú con encargo de expedicionar por la Frontera Sur en asocio de los compatriotas desterrados y Alberto Moncayo se dirigió a la frontera de

Colombia, convenido el envío de armamento por la vía de Lita, para abrir nuevas operaciones sobre el Norte del Ecuador. Las circunstancias se presentaron favorables y Alberto Moncayo pudo organizar tropas en territorio ecuatoriano hasta el punto de mantener en jaque la guarnición de Tulcán y presentar combate en San Isidro, donde el enemigo fue derrotado al primer empuje, sin que se obtuviera el éxito final por la mala voluntad y egoísmo de algunos de sus compañeros. Anunciado el envío de las armas por Lita, conforme a lo convenido, Rafael Andrade Thomas, hijo del General Julio Andrade, partió a su encuentro; pero los inconvenientes naturales en caminos no transitados, demoraron el arribo de la comisión que las conducía y esa demora dió tiempo a las autoridades de Ibarra para que mandasen tropas por Salinas y Cuajara. Hubo en "Guadual" una acción de armas y Rafael Andrade cayó herido y prisionero. La comisión que Concha enviara, llegó tarde, el armamento fue enterrado y poco después agentes del placismo dieron con él y lo capturaron. Tras variados incidentes fracasó también la segunda revolución del Norte. Por Esmeraldas hubo nuevos combates, en la "Boca" y las "Piedras". Obtenidos los resultados tácticos que Concha se propusiera, no insistió en llevar adelante los ataques y las tropas placistas se declararon vencedoras! Alambradas, zanjas, trincheras, todas las defensas modernas rodeaban la ciudad; pero no estaba en condiciones inabordables y el Coronel Concha no intentó asalto decisivo alguno, porque aún no lo consideraba oportuno. Mientras tanto tranquilamente permanecía en su cuartel general de San Mateo y el enemigo nunca se atrevió a dar un paso fuera de sus reductos. Plaza había regresado ya a Quito y diversos tenientes suyos se sucedieron en el comando de las fuerzas de Esmeraldas, sin que su acción se hiciese notable. Uno de los últimos, José Miguel Rivadeneira, enterado por delaciones y deslealtades iníquas, de que el Jefe radical solía ausentarse casi solo de su campamento a cierto caserío distante, preparó una celada y fatalmente de ella no pudo librarse Concha por excesiva confianza. Fue aprehendido y cantó victoria el placismo, porque se figuró que había dado fin con la revolución. Así era de temerse al menos. Conducido al Pánoptico, el glorioso caudillo, el heroico Jefe ya no podía comunicar con el prestigio de su presencia esas extraordinarias energías que ciertos hombres destinados a conducir a los demás infunden entre los que les obedecen y el fracaso total de la revolución parecía evidente. Pero había

formado escuela, la organización, la disciplina eran perfectas en su campamento y los negros, famosos por su valor, lo eran también por otras eminentes cualidades militares. Ninguno se acobardó ni desmoralizó. Formóse una Junta en que todos tuvieron representación y Enrique Torres, otro bravo, fue designado para reemplazar a Concha. La guerra, pues, continuaba y la influencia moral del caudillo se dejaba sentir como si aún estuviese presente. Sereno, estoico, permaneció por el espacio de un año y más en celdilla penitenciaria. Nada hubo capaz de doblegar su entereza y físicas dolencias no menoscabaron sus grandes energías. Llegó a término el usurpado período administrativo de Plaza y tras vacilaciones, recelos etc., etc., al fin el nuevo Gobierno ordenó la libertad del cautivo. Sus soldados, entre tanto, todavía luchaban y no había medio de que depusieran las armas. El nuevo Ministro de Guerra, Coronel Dn. José María Barona, antiguo amigo de Concha tuvo un patriótico gesto y se propuso el restablecimiento de la paz sin mengua para los tenaces rebeldes. Al efecto se entrevistó con Concha y suficientemente autorizado por el Presidente de la República ambos llegaron a sentar las bases de un convenio. Concha se comprometió a hacer cesar las hostilidades y entregar al Gobierno las armas que sus soldados conservaban. Barona ofreció amplias garantías y ciertos cambios esenciales en el Ejército a fin de que no tuviese apoyo la perniciosa y funesta ambición de Plaza. Concha cumplió al pie de la letra su compromiso. Barona no del todo. Encontró resistencias en cuanto a la condición de Concha sobre cambios militares y para no quedar desairado y en ridículo, optó por presentar la renuncia de la Cartera de Guerra, renuncia que al momento le fue aceptada. Las cosas quedaron como antes; pero Concha, verdaderamente hidalgo, observó la correcta actitud que debía y hasta su muerte no hizo la menor tentativa de rebelarse contra el Gobierno que a su promesa faltara. Reservado, discreto, con admirable sensatez desde muy alto contemplaba los actuales preparativos para las próximas funciones electorales; pero no hay duda que, los aspirantes a la presidencia, hacia él dirigían recelosas miradas y una gran mayoría estaba pendiente de su resolución postrera. Enorme es la pérdida que ha hecho la República. Era hombre de verdadero e indiscutible mérito y por de pronto, con su muerte, el partido radical ha quedado sin orientaciones fijas. Supremos los momentos en que ha desaparecido del mundo. De él se esperaban más grandes cosas todavía y

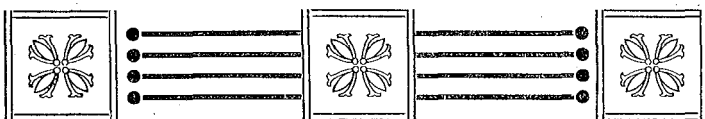
considerado como celoso y constante guardián de las doctrinas liberales, desde su retiro era para unos amenaza y garantía para otros.

Nunca personales miras, nunca bastardas ambiciones empañaron la lucidez de su alto espíritu. Abnegado hasta el sacrificio, una de sus preclaras virtudes era el desprendimiento. No obtuvo el resultado material de los esfuerzos que en bien de la patria hiciera, puesto que sus aspiraciones tendían al castigo de los perversos; pero moralmente levantó a la nación del abismo de vergüenza en que yacía. Su obra fue grandiosa, monumental. El mundo admiró la sublime entereza de un hombre que se lanzó a desigual lucha y con un puñado de héroes, dignos de él, causó destrozos en las filas enemigas, superiores en número y elementos. La revolución de Carlos Concha está plenamente justificada y ella forma el pedestal de su grandeza. Los móviles que la produjeron elevados y santos, por más que la cobardía y la baja pretendan desvirtuarlos. En la hora presente todavía el temor ofusca los entendimientos, todavía las conveniencias obligan a prosternarse ante despreciables ídolos; pero día llegará en que el nombre de Carlos Concha se pronuncie con orgullo y el recuerdo de su patriotismo, de sus inmortales acciones sirva de ejemplo y estímulo. Alzar de infamante postración a todo un pueblo, rehabilitarlo ante el concepto universal, lidiar sin tregua por el predominio de la justicia, exponiendo la vida, sacrificándolo todo, comodidades, sosiego es obra exclusiva de varones extraordinarios y la posteridad sabrá apreciar la labor de Carlos Concha. Entre nosotros es necesario que Convenciones o Congresos consagren las altas gerarquías militares, requisito sin el cual grandes méritos y talentos, heroicos hechos, gloriosas hazañas resultan inferiores, *legalmente*, a la insignificancia, a la incapacidad, a la cobardía. Pero no importa. Carlos Concha fue **General** y de los mejores. Los campos de batalla en que triunfó, pregonándolo están.

Cariñosamente, respetuosamente he querido tributar a su memoria sincero homenaje de admiración cumpliendo así un deber de patriotismo y de justicia. Lamentos ante la tumba de un héroe? No! Imprecaciones, rugidos, explosiones de amargura inmensa, amargura que acrecienta la irritante inmunidad que ampara a los grandes criminales de la Patria!

Carlos Andrade.

Quito, Abril 21 de 1919.



CARLOS CONCHA TORRES

(a propósito de un artículo necrológico)

TENIAMOS pensado guardar silencio en esta hora aciaga, que tan sombrías perspectivas abre para la patria, porque parecíanos imposible decir algo que no estuviese ya en el corazón y en la mente de los buenos ciudadanos, o que alcanzase a abrir los ojos, voluntariamente cerrados, de los otros. Almas inconsolables vuélvense, de todas partes de la República, hacia la tumba augusta que acaba de abrirse en Esmeraldas. ¿Para qué tratar de acrecentar ese dolor? ¿Para qué medir en palabras la enorme significación de la pérdida irreparable? Ante las cenizas de un héroe, sólo es digno el homenaje que se rinde con los ojos secos y con el espíritu inspirado en la alta enseñanza de su ejemplo.

Pero faltaríamos al cumplimiento de un deber si no comentáramos un artículo del Dr. Luis Felipe Borja (hijo), impreso en "El Comercio" de esta ciudad, cuyos conceptos lastiman hondamente nuestro ánimo dolorido, porque bajo la

forma de un fingido elogio, se encierra grave ofensa a la memoria del General Carlos Concha Torres.

Pasamos por alto la diatriba contra el General Eloy Alfaro, que parece ser el verdadero objeto del citado artículo. La alfarofobia del Dr. Borja puede dar materia para algún interesante estudio psicológico, pero carece de importancia. El Ecuador y el Continente Americano han fallado ya—y no ciertamente en conformidad con el sentir del Dr. Borja—respecto del “machetero intonso” del “cacique ignorante” que hizo dar a su país un salto de dos siglos. Los hechos, el progreso siempre creciente de la República, la centuplicación de su riqueza — a pesar de los últimos siete años de esterilidad e ineptitud gubernativas — están probando que el hombre que “jamás pisó un plantel de enseñanza, ni leyó un libro, ni era capaz de escribir una carta familiar”, sabía más que todos los inspirados vates y eruditos jurisconsultos que antes y después han regido los destinos nacionales. Cuando el Dr. Borja, con toda la autoridad que le confieren los importantes servicios que se propone prestar algún día a la patria, juzga en tales términos al creador de todo lo que constituye la actual civilización ecuatoriana, olvida seguramente la tan conocida frase de Lincoln. En los días en que Grant, cubierto de gloria, avanzaba de triunfo en triunfo, cierto Napoleón en proyecto (pues todo el mundo es Popayán y en todas partes se cuecen habas) pidió al Presidente la destitución del Jefe unionista, porque, alegaba el peticionario, su perpetua beodez era una vergüenza para las armas americanas. “Amigo—contestóle Lincoln—le agradeceré que descubra la marca de whiskey que bebe Grant, para recomendarla a todos los generales”. Si el Dr. Borja se toma la molestia de comparar el Ecuador de antes de 1895 con el de nuestros días, convendrá quizás en que sería muy de desearse que todos los mandatarios ecuatorianos poseyeran algo del género de ignorancia de que tantas manifestaciones nos ha dejado el General Eloy Alfaro.

Pero no es nuestro intento conquistar para el mártir de la civilización nacional los aplausos del Dr. Borja, ni nos parece mal que sus desahogos alfarófobos amenicen, de tiempo en tiempo, la monotonía de la prensa periodística. No hacen daño ni pueden torcer el criterio de los ecuatorianos pensantes, que tienen delante de los ojos, a todas las horas del día y en todos los detalles de la vida cotidiana,

alguna razón para admirar la obra del General Alfaro. Lo que está mal, lo que hace daño, lo que no puede dejarse pasar en silencio es el extraño y ridículo ropaje con que el Dr. Borja pretende disfrazar al héroe de Esmeraldas, para abrirle las puertas de la inmortalidad.

Los que aún soñamos en una patria libre y digna, los que hemos recibido como un balazo en el pecho la noticia de la muerte de Carlos Concha, no podemos ver sino intencionado escarnio en los elogios con que el doctor Borja recomienda a la posteridad la memoria del digno hermano de Luis Vargas Torres. No fue, en verdad, la abundante lectura, ni la facilidad y brillantez del estilo literario, ni la amenidad de la conversación, ni la competencia en Derecho Público, Historia y Agricultura, ni el aprovechamiento de los viajes, lo que engrandeció a nuestros ojos la figura del General Concha. Pudo haber sido todo lo que el doctor Borja asegura, y ciertamente lo fue en medida más que suficiente para merecer los honores, tan efímeros como insignificantes, de que en los últimos tiempos han sido objeto las cenizas de muchas medianías, pero él no explicaría la existencia del vigoroso partido que se ha formado en torno a su nombre, ni la consternación que su muerte ha producido en toda la República. Ni hay razón, hasta ahora, para considerar los servicios, importantes o no, prestados en París al doctor Borja, como títulos suficientes a la gratitud de las futuras edades.

A nuestros ojos y a los de todos los que le reconocimos como Jefe, el General Concha es una de las figuras excelsas que honran la historia de este desgraciado país, justamente a causa de la legendaria campaña de Esmeraldas, de ese "extravío" que el Dr. Borja no comprende, ni puede justificar. Suprimir esa página inmortal en la historia de su vida, equivaldría a borrar su nombre en la memoria de sus compatriotas. Porque esa campaña hizo de Concha el símbolo y la encarnación de todo lo que hay de noble y levantado en el corazón humano. Patriotismo purísimo, abnegado, exaltado hasta el sacrificio; amor a la libertad, a la justicia, al derecho; altísimo concepto del deber público, fortaleza inquebrantable, dignidad intransigente, desinterés absoluto, he aquí lo que su nombre llegó a significar en el ánimo de sus partidarios, he aquí lo que se quería expresar con el grito de ¡¡Viva Concha!!

Dos incidentes, apenas conocidos todavía, bastarán talvez para explicar la personalidad del héroe, la campaña de Esmeraldas y la imposibilidad de que tan elevado carácter sea comprendido por los espíritus "prácticos". Poco antes de su prisión, y cuando ya la lucha no tenía otro objeto que el de mantener un principio sagrado, el de la protesta contra el crimen, recibió el General Concha carta de una acaudalada hermana suya, quien le ofrecía una fortuna, a condición de que fuese a disfrutarla a Europa. "No aspiro a comodidades—fue la noble respuesta.—En cumplimiento de un deber sagrado, tengo resuelto consagrar todo lo que me resta de vida a libertar a mi patria de los criminales que la dominan. Sólo aceptaré tu dinero si lo destinas a la revolución".—Algún tiempo antes, a raíz de una de sus más gloriosas victorias, llegó a su campamento una misión enviada por sus más autorizados partidarios, con el fin de pedirle que, proclamándose Jefe Supremo, lanzara un manifiesto invitando a los liberales a tomar las armas. La contestación, sin precedente en nuestros anales revolucionarios, fue digna de un héroe de Plutarco. "No me creo con títulos a la Jefatura Suprema —dijo—ni aspiro al mando. Si llegamos a triunfar, la nación libre hará lo que le convenga. Tampoco puedo expedir la invitación que me piden. La guerra no es una fiesta. Mis compañeros y yo hemos tomado las armas, porque el deber tiene más fuerza en nuestro ánimo que el amor a la vida. Todos los buenos ciudadanos seguirán espontáneamente nuestro ejemplo, si pueden, pero en ningún caso llamaré a nadie porque sólo puedo ofrecer peligros y privaciones".

Esta actitud pensada, sincera, incommovible, de la cual no se apartó ni un solo instante, fue quizás impropia de un jefe militar, si la victoria ha de ser siempre y en todo caso la suprema consideración del hombre de armas. Pero hay muchas razones para creer que no era esa la opinión del General Concha. Unos tras otros cayeron vencidos en sus manos, jefes y ejércitos del marxismo, y, sabiéndoles gentes sin fé ni lealtad, devolviéles la libertad, con altivo desdén, sin siquiera exigirles promesa alguna. Su propósito parece haber sido triunfar con el apoyo espontáneo y desinteresado de la nación, o luchar, luchar sin término, aún contra la nación misma, para redimirla ante el mundo y ante la historia del abismo de ignominia en que había caído, para mantener vivos, en la conciencia de los ecuatorianos, los principios de libertad, justicia y honor que llegarán a ser algún día esencia misma del alma nacional.

Por eso, aún vencida, realiza la revolución de Esmeraldas su altísimo fin social. Gracias a ella, humillados una y otra vez sus ejércitos, puesta en cruda evidencia su incapacidad y cobardía, Plaza no ha dejado en el país otro recuerdo que el de sus crímenes. Cuando el asesino de 1912 creyó definitiva y eterna la sumisión de la República y destruido hasta el germen de toda resistencia al filibusterismo triunfante, tronaron los rifles de Esmeraldas y su estampido fué un evangelio de justicia y dignidad que los ecuatorianos se vieron obligados a escuchar durante más de tres años. Gracias a la revolución de Concha, reaccionaron los espíritus, afirmáronse los caracteres y son muchos los que, sobreponiéndose al envilecimiento y abyección ambientes, salvaron su sér moral. Gracias a la revolución de Concha, desvaneci6se la amenaza del continuismo directo y hemos llegado siquiera a este período de placismo diluido y atenuado en que vivimos. Gracias a la revolución de Concha, véanse los actuales candidatos en la necesidad de disimular o negar sus entronques placistas, porque saben que no hay nombre más execrado que el de Plaza.

Si eso y nada más hubiera hecho la revolución de Esmeraldas ya bastaría para que su recuerdo fuese eternamente grato a la memoria de todo ecuatoriano. Pero hizo mucho más: nos devolvió el honor perdido, dió nueva vida a nuestro amor patrio, reanimó nuestro orgullo nacional. Si nos enrostran el 28 de Enero y el 5 de Marzo, tenemos la réplica en el "Guayabo", en "Camarones", en "La Propicia", en esos mismos torrentes de sangre que, aunque horroricen al Dr. Borja, lavaron el mancillado suelo de la patria. Inmenso sería nuestro oprobio, eterna nuestra vergüenza, si los crímenes de 1912 se hubieran perpetrado, sin que una voz de protesta se alzara en la República. Concha salvó el buen nombre de la nación, echando sobre los hombros de Plaza y de sus cómplices todo el peso de la infamia, que de otro modo hubiera recaído sobre todos los ecuatorianos.

Sin embargo, después de todo, quizás tenga razón el Dr. Borja. Todo, en definitiva, es cuestión de puntos de vista, y el del juriconsulto quiteño es el de los hombres sesudos que engordan en el sosiego de la existencia metódica y sedentaria y consideran injustificable extravío, en todo tiempo, el de quienes se apartan de los caminos trillados para echar hacia arriba por los escabrosos y atormentados senderos del ideal. Ni siquiera puede decirse que

tal criterio tenga el mérito de la novedad: es viejo como el mundo. Ya lo expresó otro quiteño al manifestar su disgusto por la fama de Abdón Calderón. "Un necio!—dijo—.....retírese después del primer balazo, y le hubieran dado algún empleo público.....".—Quién había encargado al General Concha la custodia de la honra nacional? Acepte alguna de las tentadoras ofertas que se le hicieron, en vez de desenvainar la espada contra un asesino triunfante, y, al final de una carrera de honores y riquezas, hubiera merecido la admiración entusiasta y sin reservas del Dr. Luis Felipe Borja.—Quién impuso a Bolívar la misión de libertar América? Dedíquese al cuidado de su hacienda, cáse en segundas nupcias con alguna matrona bien nacida, hacendosa, moderada, y ni se derramara tanta sangre, ni fuera tan corta y amarga la vida del Libertador.

Lo raro es que, a pesar de ser este espíritu el de las mayorías, en ciertos estados de civilización y cultura, se repitan una y otra vez en la historia esos hechos inmortales que el Dr. Borja no perdona ni aún en las personas de amena conversación y extensos conocimientos agrícolas. Fortuna fué para Francia y para el mundo que el Rey Alberto y su pueblo cerrasen los oídos a la voz de la grasa reposada y satisfecha. Pedíaseles paso para ejércitos destinados a atacar a una nación amiga—cosa mucho menos importante, a la luz de la ética, que doblar la rodilla ante una autoridad ilegítima, originada en la traición y el asesinato—; brindábaseles en cambio valiosísimas compensaciones: sin embargo, prefirieron los belgas conservar su honor, "desencadenaron sobre su propia patria los horrores de la guerra", y "se oscurecieron por la sangre que derramaron y las sombras que esparcieron", con grave sorpresa y escándalo de los alemanes y del Dr. Borja. Y el mundo, el mundo civilizado, inclinase conmovido ante el desgarrado estandarte flamenco y recomienda a la agradecida veneración de los humanos las ruinas sagradas que conmemoran el sacrificio de todo un pueblo a un alto ideal de honor y lealtad.

Así, cuando suene para el Ecuador la hora de la libertad, cuando el sentimiento de la propia dignidad y del derecho individual, haya roto en el espíritu del pueblo las cadenas forjadas por cuatro siglos de despotismo, cuando todos los ecuatorianos hayan comprendido que la única defensa contra la usurpación y la tiranía es la voluntad

incontrastable de ser libres, el nombre de Carlos Concha y el recuerdo de la rebelión de Esmeraldas enardecerán todos los corazones y señalarán a todas las conciencias el camino del deber.

Porque, vivo, era Concha una esperanza muerta, es una doctrina, la del derecho democrático, la de la resistencia a la tiranía, la del sacrificio individual por el bien colectivo; y esa doctrina, extendiéndose por todo el país, unirá un día a todos los ecuatorianos en un invencible anhelo de libertad, que hará del Ecuador una verdadera República.

A. Moncayo Andrade.



